

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA y Alejandro GARCÍA ALVAREZ
Economía y colonia. La economía cubana y la relación con España, 1765-1902
 Madrid, CSIC, 2004, 492 pp.

El libro está organizado, aparte del prólogo y las conclusiones, en dos partes definidas cronológicamente que, a su vez, se subdividen en capítulos y subpartados. La primera parte abarca desde 1765, fecha en la que se autoriza el comercio directo con Cuba y otras colonias a ocho puertos peninsulares, hasta el Pacto de Zanjón, que, en 1878, pone fin a la Guerra de los Diez Años. La segunda arranca desde esta última fecha hasta la pérdida de Cuba por España en 1898.

En la introducción se ofrece una breve descripción de la geografía de la isla, ilustrada empero con una serie de mapas cuya baja calidad de impresión no permite apreciar con claridad su contenido. El Mapa 2 muestra, según indica la leyenda, las regiones naturales de Cuba, pero realmente representa la división política y administrativa posterior al Pacto de Zanjón. Llama la atención que los autores, citando en la bibliografía a R. Funes, no hayan empleado el mapa de regiones naturales que éste incluye en su libro publicado en México, en concreto en las páginas 42 y 43. La introducción prosigue con una breve descripción de la economía cubana durante el siglo XIX, que hace hincapié en los aspectos demográficos.

La primera parte consta de seis capítulos. El primero de ellos está dedicado a la política económica aplicada en Cuba y, en especial, a las reformas borbónicas y al nacimiento de las instituciones que posibilitaron el despegue de la isla. En él, se echa en falta la utilización de los trabajos de Fraderas y Delgado sobre la política colonial, así como un análisis más profundo de la política arancelaria metropolitana, que, sin duda, fue esencial para todos los agentes implicados en las relaciones entre la isla y España. El segundo capítulo, el más extenso de los seis, se centra en el factor humano, si bien no aporta datos nuevos. El tercero gira en torno a la producción agraria, centrándose más en la caña de azúcar, el tabaco y el café que en productos "menores", entre los que se incluye el banano; minimiza, sin embargo, otros, como el algodón y el añil, que deberían incluirse en esta categoría, y el papel que tuvieron los emigrados franceses en su difusión. Al respecto, los autores atenúan la importancia, no sólo de medidas que se tomaron en la metrópoli, sino también de las introducidas por otros países. Es cierto, por ejemplo, que las exportaciones de café cubano hacia Estados Unidos sufrieron un rápido descenso al proclamar este país la *Navigation Act* (el 30 de junio de 1834, no en 1838), que, en represalia, gravó a Cuba con los mismos derechos diferenciales de bandera que España aplicaba a los buques norteamericanos, pero se olvida que aún fue más perjudicial para el café de la isla la admisión por parte de Estados Unidos de café libre de derechos. El café cubano tuvo que competir desde entonces con los más baratos procedentes de Brasil, Java y Ceilán, países que desbancaron a Cuba del mercado norteamericano. Los trabajos de Klein

y Haber sobre la economía brasileña y los de Furnivall, Van Niel o Bayly acerca del sudeste asiático, lo corroboran. Si a ello se suma el huracán de 1844, se comprende que el cultivo del café se redujese en la isla durante la primera mitad del siglo XIX, como confirman las cifras de las exportaciones. El contexto internacional y, en concreto, las políticas arancelarias adoptadas por distintos países europeos y Estados Unidos, es algo en lo que se debería haber profundizado. No hay más que leer los trabajos ya clásicos de Platt, Imlah o Chalmin.

Los autores no parecen haber reparado en que sí existen datos desagregados de las exportaciones de tabaco. El tabaco elaborado viene desglosado en cigarrillos, rapé y polvo en la balanza comercial de 1794 y en las de comienzos del siglo XIX. En este tercer capítulo, aunque se trata de establecer el peso de cada ramo de la agricultura, los datos de producción no se han cotejado con las cifras de exportación, lo que hubiese puesto de manifiesto, por ejemplo, que mientras las cifras de producción de cigarros elaborados experimentan un fuerte auge en los años cincuenta, descendiendo luego entre 1860 y 1864, las exportaciones desde la isla se incrementan considerablemente desde 1858: de hecho, las salidas registradas en la aduana en 1861 duplican las de los años 1850 a 1856.

A veces, los subapartados están desorganizados. Mediado el dedicado al banano en este capítulo, se dedican tres páginas al comercio del puerto de Baracoa, retomando luego el referido cultivo, del que A. García Álvarez es buen conocedor, como ha demostrado en varios artículos. Sin embargo, no se proporcionan cifras de producción de banano correspondientes a la época; cuando se aportan, proceden de entrevistas realizadas en 1989 a familiares de antiguos exportadores, sin que pueda conocerse el verdadero peso del cultivo de dicho producto en el agro cubano de mediados del XIX. La industria y otras actividades menores se resumen brevemente en un subapartado donde se encuentran referencias a la industria cuprífera y a la de subproductos de la caña de azúcar, como el ron, entre otras muchas actividades.

El capítulo cuarto está dedicado a la tecnología azucarera y al transporte, y el quinto al capital, tanto público como privado, vinculado al sector mercantil y, en concreto, a las exportaciones. Se ponen de manifiesto los intentos de la metrópoli de proporcionar una vía de crédito oficial mediante la creación de bancos y cajas de depósito, pero también se señalan las dificultades reales de estos organismos para facilitar crédito, el cual, como venía sucediendo desde el siglo XVIII, estaba en manos de las casas de comercio y de sus agentes en la isla. Al respecto, no obstante, los autores se limitan a apuntar las conclusiones de algunos investigadores sobre el tema. En las apenas cuatro páginas de que consta el capítulo sexto, relativo al comercio y a la renta colonial se vuelve a resumir, a partir de estudios publicados hace unas décadas, la balanza comercial cubana y su distribución por países, sin ofrecer explicaciones convincentes de los cuadros que se incluyen. En el cuadro I.3.4., se han corregido las cifras de ingreso del producto cubano, pero no se especifican de forma clara

las fuentes: al lector le resulta difícil entender qué cálculos y a partir de qué cifras se ha llegado a los datos que ofrece aquél. También se corrige la balanza comercial, pero no se explica cómo se ha hecho; ésta resulta deficitaria hasta los años cincuenta, pero ese déficit sólo es aparente puesto que los precios que se aplicaron a los distintos productos eran valoraciones fijas y no precios reales. Los autores han tenido en cuenta sin duda este asunto, pero no detallan cómo han afrontado su corrección.

La segunda parte del libro consta también de seis capítulos y tiene la misma estructura que la primera. Tras una introducción, en el capítulo séptimo, sobre la economía cubana entre 1878 y 1898, el capítulo octavo se centra en los cambios experimentados por la demografía de la isla en la segunda mitad del siglo XIX. Los autores, empero, no resuelven el debate sobre mano de obra e inmigración y tampoco se apoyan en las aportaciones que, sobre la construcción del mercado de trabajo tras la abolición, ha realizado Balboa, entre otros autores. El capítulo noveno se dedica al agro cubano incluyendo, de nuevo, junto a las principales producciones, otras menores como el henequén y el banano. Se resalta la necesidad existente de encontrar un mercado seguro para el azúcar, en cuya producción se había invertido capital y tecnología para abaratar costes, que propició los acuerdos firmados entre España y Estados Unidos en la década de los noventa. El capítulo décimo, tocante a tecnología, ferrocarriles y capital, incluye un apartado dedicado a los colonos y a su papel como elemento de transformación de la estructura socioeconómica de la isla a finales del siglo, estrechamente relacionado con la fase de descentralización del proceso productivo de la caña. En el capítulo undécimo, el estudio de los niveles de precios y salarios reales confirma la teoría de que la Guerra de los Diez Años tuvo escasas consecuencias económicas directas, a la par que la tendencia a la baja de los precios, en especial de los alimentos y del vestido, muestra un comportamiento parecido al de la evolución de los precios norteamericanos frente a los españoles. Al confeccionar la correspondiente cesta de la compra para ponderar el índice de precios, dado que la dependencia del exterior del abastecimiento de productos básicos se mantuvo durante todo el siglo XIX, hubiese sido interesante observar la evolución del peso de ciertos artículos, como los textiles o los productos agrarios peninsulares, para cotejarlo con el trabajo de J. A. Piqueras, en el que se concluye que los productores españoles se especializaron en satisfacer el consumo de las clases populares.

En la introducción de la obra, Oscar Zanetti afirma que los autores “consiguen ofrecernos una visión renovada” de la economía de la isla, lo que quizá no sea una frase muy acertada. Según indican los propios autores el objetivo del libro era contribuir a aliviar las carencias existentes a la hora de cuantificar y estimar algunos indicadores básicos de la economía cubana. Sin embargo, el libro es, en todo caso, un estudio bibliográfico, parcial por otro lado, del siglo XIX cubano, cuya base principal no ha sido el trabajo de archivo. Se trata, más bien, como se recoge en las notas que encabezan cada capítulo, de una recopilación de diversos trabajos ya publicados por

los autores. Pero, al respecto, lo que éstos olvidan mencionar es que la práctica totalidad del libro se encuentra ya publicada en Lavalle, B; Naranjo, C., y Santamaría, A., *La América española (1763-1898). Economía*, Madrid, Síntesis, 2002, correspondiendo, en concreto, a la segunda parte de esta obra ("Las últimas colonias: Puerto Rico y Cuba") firmada por A. Santamaría y C. Naranjo. Si se exceptúan los párrafos concernientes a Puerto Rico, los lectores pueden comprobar que apenas existen diferencias entre ambos libros. En la obra reseñada, sólo difieren las páginas escritas en su día por la fallecida María A. Marqués, sobre las empresas e industrias menores (pp. 276-288), el subapartado referido al banano (pp. 264-274), que parece ser la principal aportación de A. García Álvarez, el correspondiente a los Centrales (pp. 193-207), y los relativos a los precios (pp. 333-356) y a los costes de la transición de colonia a nación (pp. 373-382), que, por otra parte y como señalan los propios autores, resumen artículos ya publicados. La sección en la que se ha hecho un mayor esfuerzo por introducir cambios respecto a *La América Española*, aunque apenas sin nuevas aportaciones bibliográficas, es la que atañe a la estructura demográfica cubana. Para finalizar, junto a problemas formales en el sistema de cita a pie de página, que no siempre es el mismo, se observan otros concernientes a la bibliografía: en ocasiones, no parece existir una relación muy estrecha entre la bibliografía general y su reflejo en el texto.

Nadia Fernández de Pinedo Echevarría

Universidad Autónoma de Madrid